

## Octavo domingo del Tiempo Ordinario C2025

Hay una comedia británica llamada “Keeping the Appearances” (Manteniendo las apariencias). Se emitió en televisión desde octubre de 1990 hasta diciembre de 1995. La actriz principal, Hyacinth Bucket (pronunciado Bouquet), vive sólo para impresionar. Finge ser lo que no es e inventa todo tipo de cosas para justificar lo que hace hasta el punto de convertir a su marido, Richard, en un funcionario.

Vivir en un mundo de apariencias así significa, sobre todo, manipular la verdad y no preocuparse por lo que uno puede decir o hacer. Al final, esto hace que el lenguaje humano que alguien utiliza sea una espada de doble filo que puede girar en una dirección u otra. Esto es exactamente lo que quieren señalar las lecturas de hoy.

Para poner las cosas en su lugar, comencemos con una observación. El lenguaje humano juega un papel importante en nuestras relaciones con los demás. Es susceptible de revelar quién es la persona con la que estamos tratando; si es confiable o no; si es fiable o no, etc.

Sin embargo, no todos los lenguajes son honestos y reflejan a la persona real. Sucede muy a menudo que la gente esconde la verdad de quiénes son o de lo que piensan bajo la falsa imagen de un acuerdo o de sí mismas. Es el caso del lenguaje de la diplomacia o de la adulación que no refleja la verdad que hay en el corazón de un individuo.

Es este peligro del doble lenguaje que nuestro Señor está denunciando en el Evangelio de hoy. Para nuestro Señor, solo la honestidad puede ayudarnos a construir una verdadera comunicación y relaciones correctas entre nosotros. Siempre que no hay un lenguaje unificado que exprese la verdad que está en el corazón de un individuo, lo que se hace es hipocresía.

La pregunta aquí es: ¿Qué podemos hacer para evitar la hipocresía? ¿Cómo podemos llegar a ser honestos en nuestro trato con los demás? Nuestro Señor propone un triple camino que puede ayudarnos a lograr tal objetivo.

El primer camino es la conversión del corazón. La conversión significa un cambio. Puede ser un cambio de corazón, de mentalidad o de comportamiento. Se trata de la búsqueda de la verdad, un cambio de dirección para encontrar la dirección correcta que nos ayude a vivir con veracidad y honestidad.

Nuestro Señor formula este camino con el ejemplo de un ciego que guía a otro ciego. En realidad, un ciego es una persona enferma que, por la falta de visión, no ve hacia dónde va. Si bien es cierto que perdiendo la vista se pueden desarrollar otros sentidos, es imposible que un ciego guíe a otro ciego. De lo contrario, el final de la historia será catastrófico. Si un ciego finge estar sano fingiendo que ve, pone en peligro su vida y la de los demás.

Tenemos que cambiar si queremos convertirnos en gente honesta y fiable. Sin la conversión, nunca seremos buenos discípulos de nuestro Señor. Necesitamos reconocer nuestras deficiencias y buscar la curación. De lo contrario, seremos un peligro para nosotros mismos y para los demás.

El segundo camino es la autocrítica. La autocrítica es un diálogo interior con uno mismo mediante el cual uno reconoce sus fortalezas y sus debilidades, sus cualidades y sus defectos. La autocrítica es también la capacidad de juzgarse a uno mismo antes de juzgar a los demás. Sólo cuando miramos con valentía en nuestro interior e identificamos nuestros errores podemos emprender el camino de la corrección de los demás.

Cuando la gente critica a los demás sin autocrítica, terminan en hipocresía. Cuando establecen estándares altos para los demás y no hacen lo mismo con ellos mismos, se convierte en hipocresía. Esto es lo que nuestro Señor está diciendo: “¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no la viga que llevas en el tuyo?”

Nuestra crítica a los demás puede ser cierta, pero cuando se hace sin juzgarnos a nosotros mismos, se convierte en auto-justificación. La auto-justificación, a su vez, conduce al mecanismo del chivo expiatorio donde proyectamos nuestras faltas en los demás porque queremos ignorar nuestras responsabilidades.

Cuando nuestro Señor nos invita a mirar primero la paja en nuestros ojos, no significa que no podamos criticar a los demás, lo que quiere es que lleguemos a la conciencia de nuestras cicatrices y nuestra oscuridad. En lugar de centrarnos sólo en los demás, tenemos que mirarnos, primero, a nosotros mismos y ver qué tenemos que cambiar para ser honestos, sinceros y veraces. Una cosa es la honestidad y la crítica constructiva; otra es la crítica plana y destructiva.

La tercera vía es la transparencia. Transparencia significa ausencia de agendas ocultas y motivaciones descubiertas. Significa también decir la verdad del corazón. Así como un buen árbol se reconoce por sus frutos, así también se reconoce al hombre por sus obras. El bien viene del bien y el mal del mal.

Para que nuestras palabras y nuestras obras sean buenas, deben provenir de un corazón puro y bueno. Las palabras de un hombre fluyen de lo que llena su corazón. Lo que nos lleva a la pregunta, ¿qué llena nuestro corazón? ¿Qué clase de corazón hay detrás de la forma en que criticamos a los demás?

La forma en que ofrecemos críticas depende de las condiciones de nuestro corazón. Si la bondad está ausente de nuestro corazón, hay un problema. Cuando lo que decimos proviene de un intento genuino de ayudar a los demás, la gente nos escuchará. Pero, si dudan, no nos escucharán. Es imposible hacer las obras de Dios a menos que poseamos el corazón de Dios. Amen.

**Eclesiástico (Sirácide) 27:5-8; 1 Corintios 15: 54-58; Lucas 6: 39-45**



Fecha de la Homilía: el 02 de Marzo, 2025  
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20250302homilia.pdf